

7 de junio de 1971

Queridos Hermanos:

Cumplo el doloroso deber de comunicaros la muerte de nuestro venerado hermano

**Don
Juan Alberto Francese**

Nos ha dejado a los 84 años de edad, 68 de profesión religiosa y 61 de sacerdocio.

Son datos escuetos, pero que resultan muy expresivos para cuantos hemos conocido la densidad de vida y donación extraordinaria del querido padre Alberto.

Su muerte nos sorprendió el día de la Ascensión, 20 del pasado mayo. Se celebraba en el Colegio San Juan Bosco de Barcelona-Horta la fiesta anual de los Antiguos Alumnos. Después de la Santa Misa,

en la que había participado, el padre Alberto había saludado a algunos Antiguos Alumnos interesándose por sus familiares, por sus hijos. Había bendecido con su característico amplio gesto a un pequeñín: «¡Que des muchas alegrías a tus papás!». A otro grupo despidiéndose había dicho: «¡Que nos reunamos en el Cielo... en el Cielo!».

Al cabo de un rato sufrió un desvanecimiento, se corrió en su ayuda y, en un momento, tres médicos entre los AA. AA. reunidos, luchaban por conservar la vida del venerado padre Alberto: masaje al corazón, respiración artificial, inyecciones... todo resultó inútil, pero sirvió para componer la conmovedora estampa del anciano profesor muriendo rodeado del filial afecto de sus Antiguos Alumnos.

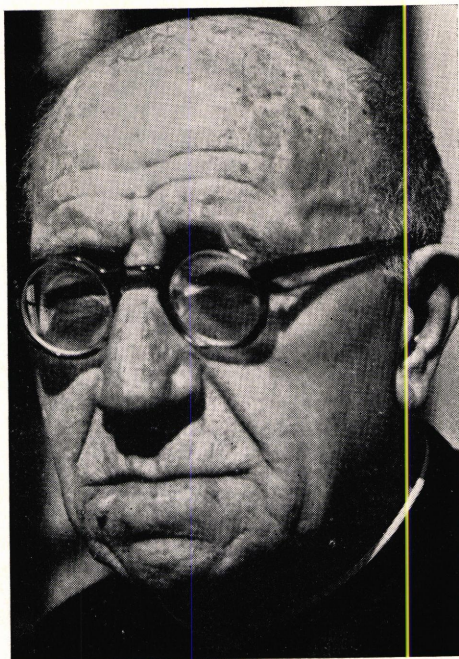
Había nacido el padre Alberto en Santhià (Novara-Italia) el 22 de noviembre de 1886. A los once años entró en el Oratorio de Turín donde estudió durante cuatro cursos. Allí germinó una vocación salesiana más para el noviciado de Foglizzo (1901-1902). Al curso siguiente el clérigo Alberto Giovanni se cuenta en Roma entre los *gregorianos*, compañero de estudios de don Pedro Berruti, de santa memoria.

A sus 19 años, flamante Doctor en Filosofía, llega a Barcelona en septiembre de 1905. Toda una vida estaba por delante. Hoy nosotros, con devoción y gratitud, la evocamos.

Con delicada precisión, la única hermana superviviente del padre Alberto, señora Teresa, nos escribía al recibir la dolorosa noticia: «Mancavano pochi mesi a compiere 66 anni di vita passata in Spagna».

De éstos, vivió 22 consecutivos en su colegio de Mataró. Allí preparó su sacerdocio con el estudio de la Sagrada Teología y el ejercicio simultáneo de la pastoral colegial, como entonces se estilaba (1905-1909). Su ordenación sacerdotal fue precedida de las turbulencias de la Semana Trágica y tuvo como marco la catedral de Gerona (18-9-1909). Pronto el sacerdote-profesor fue cargando con mayores responsabilidades: catequista, consejero, y, por fin (1921-1927) director del Colegio de Mataró.

Ayudado de su memoria privilegiada y con la sólida base de su doctorado en filosofía, fue adquiriendo con esfuerzo constante una vastísima cultura, especialmente en el campo de las Ciencias físico-químicas y de la Historia. Todo al servicio de un magisterio, tan consustancial con su existencia que, a duras penas, admitiría la jubilación a sus 81 años.



Del período de su directorado en Mataró son los recuerdos que refiere en su carta el reverendísimo don Modesto Bellido: «Fue mi director durante los cuatro años de mi... trienio. Eramos numerosos los clérigos y muy escasos los sacerdotes. Los tiempos no eran nada fáciles. ¡Cuánto nos ayudó en nuestra formación el bonísimo don Juan Alberto! Y mucho más con el ejemplo de su vida que con sus palabras. Nos admiraba su espíritu de piedad, su veneración extraordinaria y respeto a todo lo salesiano. ¡Cómo inculcaba la verdadera asistencia salesiana! Hacía trabajar de veras a sus alumnos. Los seguía con paciencia y bondad uno a uno, sobre todo a los más retrasadillos. Se comprendían así los éxitos clamorosos que obtenían en los exámenes y la admiración que por él sentían catedráticos eminentes. Se explica también así la gratitud y afecto que siempre le han conservado sus Antiguos Alumnos. Con muchos de éstos he tratado en el correr de los años. Los he encontrado aun en América. Sólo palabras de gran alabanza y gratitud he oído de todos ellos».

Permitidme que reproduzca el testimonio directo de uno de ellos: «Era muy apreciado de todos los alumnos, porque se preocupaba constantemente de nosotros, se interesaba por nuestros familiares. Para todos tenía una palabra de ánimo. Siempre recordaré cuando nos daba las Buenas Noches: Sabrosas, edificantes. Nos quedábamos prendados de sus palabras. No era raro verle por los patios rodeado de alumnos que le seguían en sus explicaciones. Su memoria prodigiosa, puesta a prueba ininidad de veces, no fallaba nunca. Estando reunidos cuatro o cinco antiguos alumnos le preguntábamos y de todos recordaba los nombres, las materias que nos había enseñado cada curso, detalles familiares...».

Tras un año de paréntesis en el Tibidabo, lo vemos de nuevo como director en Gerona (1928-1934) donde sus relevantes dotes de educador estuvieron sobre todo al servicio de los novicios y estudiantes salesianos. Uno de ellos, el padre Alfonso Nácher me escribe emocionado desde el lejano Timor: «Fue mi segundo Padre Maestro. En su escuela aprendí la puntualidad, la fidelidad, el amor al sacrificio y el aprovechamiento del tiempo para adquirir todo el caudal de ciencia posible para la enseñanza y el apostolado. Dios premió al salesiano «estilo don Rúa», dándole una muerte sin dolor, en brazos de los Antiguos Alumnos por él formados. Yo lo amaba como a verdadero padre. Le prometí, y sigo cumpliendo, un *memento* todos los días de mi vida».

Su nuevo nombramiento de director para el aspirantado de San Vicente dels Horts (1934) fue truncado bruscamente por los acontecimientos de julio de 1936. Días de ansiedad al frente de aquella casita asediada por la revolución. La historia, que narra la tragedia de fuego y sangre de aquellos días, guarda la memoria de la noble figura del padre Alberto amansando con su tacto a unos milicianos que venían dispuestos a todo y quedaron impresionados de la pobreza de aquella casa y de la amabilidad de aquel director a quien intentaron corresponder con ruda deferencia.

Pudo salir a Italia y la fundación Conte Rebaudengo lo tuvo como catequista de filósofos (1936-1940). Muy agradable debió de ser para él este período que recordaba entrañablemente. Cuántas veces le hemos oído hablar de don Toigo y de sus alumnos de aquellos años.

Pero las rescatadas ruinas de la España salesiana reclamaban la presencia del veterano luchador. Y volvió como director del noviciado y filosofado de Gerona. Cuantos hemos vivido la penuria de nuestra postguerra, podemos calibrar el sacrificio del padre Alberto al dejar por segunda vez Italia. No era ya el ilusionado joven de 19 años; el realismo consciente de sus 54 no le podía disimular las dificultades. Y las afrontó con serena generosidad.

Apenas dos años, y la salud, minada por las preocupaciones de la guerra, del Inspector don Julián Massana, impuso un relevo. El padre Alberto hubo de sucederle al frente de la Inspectoría tarraconense que cubría toda Cataluña, Aragón, Valencia, Navarra y Baleares. (1942-1948). Quien piensa en las condiciones de los ferrocarriles de aquellos tiempos y en las rígidas normas de pobreza personal del Inspector que los utilizaba como único medio de locomoción, tiene mucho que admirar. Bajo su dirección y ejemplo la Inspectoría se fue rehaciendo entre las mil dificultades y limitaciones de aquellos años.

El sexenio siguiente (1948-1954) Martí-Codolar, la finca que acogió a Don Bosco el 3 de mayo de 1886, convertida en Noviciado salesiano y poco después en Teologado, recibe al padre Alberto como primer director. ¡Cuántas veces habrá él evocado la histórica visita de Don Bosco en el deseo de transfundir en las jóvenes generaciones sa-

lesianas el amor que llenó su vida! Con cuánto fervor ensalzaba la figura de Don Bosco, la del «señor don Rúa» (filial italianismo que los años no pudieron corregir), la de los grandes salesianos. Su fidelísima memoria le permitía enlazar deliciosamente el más rico anecdotario salesiano en conferencias y Buenas Noches. El tema apenas cedía ante otro igualmente salesiano: ¡El Papa! Hablando de él, y siempre encontraba ocasión, revivía el fervor del clérigo que había esperado la *fumata bianca* del Conclave de 1903 y había aclamado papa a Pío X. Roma y el Papa enardecían su palabra. Lo hemos visto, en los últimos años, conmovirse y prorrumpir en llanto al comentar ciertas reacciones ante el magisterio papal... Pero esto ya pertenece al largo declive de su vida en el retiro del Colegio San Juan Bosco de Horta.

Allí pasó sus últimos 17 años. Sin ahorrarse, fiel a sus clases y al ministerio de las confesiones, rezando... ¡Cuánto ha rezado el padre Alberto! Cuántas veces lo hemos visto recorrer, rosario en mano, las galerías del Colegio rezando intensamente, casi en voz alta. Su espíritu de oración le hacía connatural (era maestro en el arte de conversar) introducir el tema espiritual en su conversación. Con la misma naturalidad repasaba con sus Antiguos Alumnos una fórmula de Física o la definición de la dina, como les preguntaba: ¿Cuánto tiempo hace que no te confiesas?

A duras penas admitió la jubilación de las clases a sus 81 años. Lo he apuntado más arriba, pues de ello soy personalmente testigo. Aun después, exonerado de las clases, a los 82 y 83 años reclamaba como suyos los alumnos de menos esperanzas... ¡ja tantos había logrado poner a flote con su tenaz dedicación! Y hasta última hora siempre con los chicos, interesándose por los más pequeños en las horas de recreo, por el éxito de los mayores en las reválidas, siguiendo en la vida a sus Antiguos Alumnos, mendigando con peculiarísima discreción su óbolo para las vocaciones...

Con ocasión de sus Bodas de Diamante Sacerdotales fue objeto de homenajes, tan cordiales como sencillos, en Mataró, Gerona y Barcelona-Horta. Ojalá pudieran recogerse los mensajes de adhesión que en esta ocasión le dirigieron sus antiguos alumnos. Forman la más viva apología del salesiano, del sacerdote-educador. El, por su parte, a todos expresaba la gran alegría que aquellos días llenaba su alma: ¡Don Rúa iba a ser beatificado! Su filial amor al primer sucesor de Don Bosco le ofrecía la mejor coartada para desviar la atención de su persona...

Me es grato concluir con los recuerdos que del querido don Juan Alberto escribe don Isidro Segarra:

«Para mi vida salesiana representa mucho, muchísimo don Juan Alberto y siempre me he sentido ligado a él desde que en 1929 era el director de nuestro Noviciado en Gerona, donde los novicios sentíamos por él cariño y admiración. Sobre todo intimité con él en 1940-1942, pasada nuestra guerra, cuando estudiaba la teología en Gerona y él era de nuevo director de allí. Tiempos de sacrificios materiales aquellos de la postguerra... soportados por él con una sencillez que nos animaba a todos. Como inspector y después como director de Martí-Codolar, recordarás cuánto tuvo que aguantar y sufrir... por muchas incomprensiones. Sin embargo, nunca dijo la mínima palabra que supiera a queja de nadie en la Inspección, por la que se ha sacrificado como pocos en verdad.

Nos ha dejado el ejemplo de tantas virtudes, que es difícil localizar lo que le distinguió en su larga vida. Pero más que su *inteligencia*, puesta siempre al servicio de sus alumnos (¡cómo le recuerdan...!) y más que su *finura de trato* con todos, por jóvenes que fuesen, siempre me impresionó, desde que le conocí a fondo, su *humildad* que le hacía desear pasar inadvertido y su *amor extraordinario a Don Bosco* del cual a nadie he oído hablar con tanto entusiasmo. Lo confirman aquí en Turín, recordando los años que pasó en el Rebaudengo durante su ausencia de España a causa de la guerra. María Auxiliadora y Don Bosco eran sus amores, igual que todos aquellos grandes salesianos antiguos. Tendremos un buen intercesor en estos momentos del Capítulo trascendental para la Congregación por la que ha dado su vida, día tras día, con sencillez y entrega generosa de sus grandes cualidades. Ojalá surjan en la Inspección vocaciones jóvenes que honren la memoria de don Juan Alberto y sean fruto de su intercesión».

Este también es el más vivo deseo de quien, pidiéndoo una oración por el querido don Juan Alberto, queda vuestro afmo. hermano en Cristo

JUAN CANALS
Inspector

Datos para el Necrologio

Sac. JUAN ALBERTO FRANCESE : Nació en Santhià (Novara-Italia) el 22-11-1886; falleció en Barcelona-Horta el 20-5-1971 a los 84 años de edad, 68 de profesión y 61 de sacerdocio. Fue Director por 22 años y por 6 Inspector.
